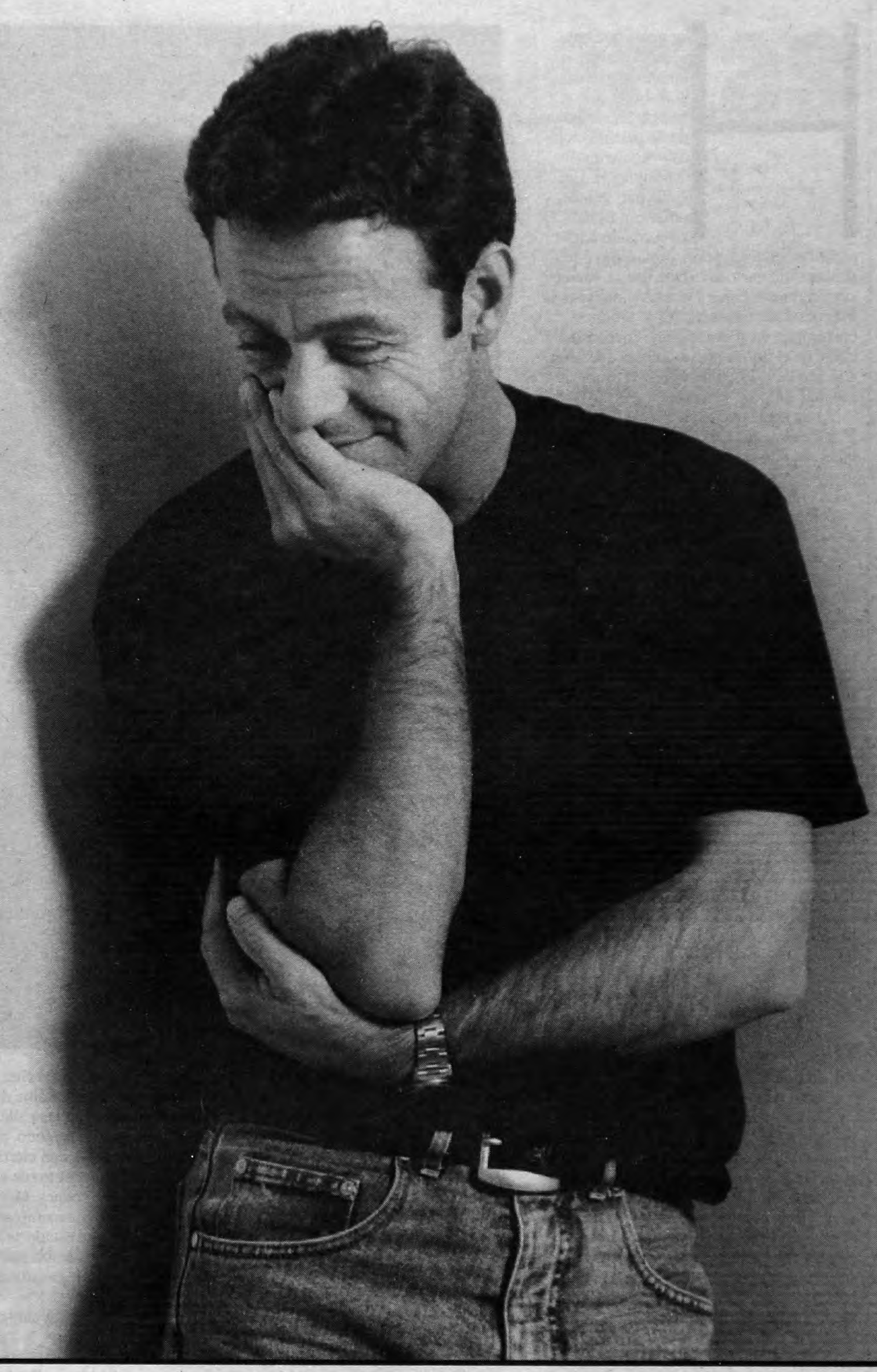
Z

Juan

L



Alejandra López

La primera versión de este cuento (o, mejor dicho, su módulo original) apareció en 1991 en este mismo diario, en uno de esos suplementos especiales que **Página/12** hace en sus aniversarios. La idea –buenísima, a mi gusto– de ese suplemento era contar un día entero de Buenos Aires en 24 voces: cada uno de los convocados debería "cubrir" una hora diferente y una zona diferente de la ciudad. En un rapto de originalidad, Lanata me adjudicó la Recoleta. Tuvo la gentileza de dejarme elegir la hora, y yo pedí el anochecer. Lo que salió publicado fue una larga escena en que una pareja separada hace poco tiempo se reúne para comer en uno de esos restaurantes pretenciosos de la Recoleta. La misteriosa iniciativa es de la mujer. La que eligió separarse fue, también, la mujer. El diálogo –vacilante, temeroso, como suelen ser ciertos diálogos entre parejas que todavía no saben cuán definitiva es su separación– se parecía bastante al que tiene lugar al final de este cuento. El título era diferente: pensé en "Patinando sobre hielo fino", en homenaje a esas canciones de ingenuidad desgarradora que hacía Lennon cuando la Ono lo ponía a parir. Por esas cosas de la vida –creo que los manuales de periodismo prohíben el uso de gerundios en encabezados–, el título con que apareció fue bastante horrible: "Patinaje sobre hielo fino". Y, misteriosamente, la hora pasó a ser las 23: momento más bien improbable para que se iniciara lo que contaba el cuento.

Por cabezón, por tozudo, cuando tiempo después me pidieron algo suelto para una de esas revistas que aparecen y desaparecen sin dejar rastros, les di el mismo texto, con la condición expresa de que no le cambiaran el título. Salió, efectivamente, como "Patinando sobre hielo fino". No empezaba a las once de la noche sino más temprano, como correspondía, pero apareció con una errata escalofriante en el final. Meses después, los brasileños de Abril decidieron revivir la legendaria revista *Claudia* en Buenos Aires, con Ana Torrejón y Claudia Acuña a cargo, y ellas me ofrecieron una sección fija. Mi primera entrega fue "Patinando sobre hielo fino 3: La Revancha Final". Salió sin erratas.

Ya no había excusas para seguir publicándolo. Pero desde entonces (primero porque estaba demasiado sumergido en la escritura de *Frivolidad*, y después porque me agarró una de esas sequías horrorosas, al terminar), cada vez que una revista o un diario me pedía un texto suelto volvía a entregar "Patinando sobre hielo fino". Si no recuerdo mal, apareció cinco veces más. Los medios argentinos no se caracterizan por pagar maravillosamente esta clase de colaboraciones, pero permiten a veces esta clase de justicia poética: calculo que las diferentes versiones de "Patinando..." me permitieron ganar la guita aproximada que paga una revista del Primer Mundo por una colaboración standard de ochenta líneas. Para no sentirme un estafador completo, le hacía uno que otro retoque antes de cada nueva entrega. En una de sus últimas apariciones el título cambió: un amigo me hizo ver que "Patinando sobre hielo fino" no era una canción de Lennon sino de Yoko y, súbitamente, esas palabras perdieron el sentido que tenían hasta entonces para mí. En esa anteúltima reencarnación el cuento apareció como "El vértigo horizontal".

Mientras tanto, la horrorosa sequía post-*Frivolidad* fue amenguando. Empecé muy lentamente a escribir un cuento donde un tipo bastante quebrado sale a la ruta en su auto todas las noches para paliar su insomnio crónico. El cuento avanzó bastante bien hasta un punto y de repente se atascó. Cuando ya lo daba por perdido, algo hizo clic en mi cabeza: vi que ese tipo era el mismo que había asistido a aquella extraña reunión con su ex en un restaurante de la Recoleta, y que precisamente lo ocurrido esa noche era la causa del insomnio. Las piezas sueltas se unieron y los huecos se llenaron casi automáticamente a partir de ese momento. A mediados del año pasado escribí la versión final, completa, de esto que ahora se llama "La luz de las estrellas muertas" y es el capítulo que abre el libro que estoy escribiendo poco a poco (que espero que se llame *Puras mentiras*, si todo va bien, y que estará dedicado con toda justicia a Flora Sarandón, mi mujer).

Juan Forn

La luz

¡Oh, Señor deja que algo dure!
W. B. YEATS

Hay gente que coje hasta el embotamiento. O reza, hasta disolver su conciencia en ese puñado de palabras repetidas como una autohipnosis. Hay gente que se masturba con frenesí. O va cerrando bares, embruteciendo su pobre organismo con distintos licores. Hay gente que se somete sin ninguna defensa a la televisión hasta la más desolada trasnoche. O se asoma a contemplar en silencio cómo sueñan sus hijos, en el dormitorio a oscuras que huele a recién bañados, a dibujos de Disney, a sábanas limpias, a mañana.

Y hay gente que ni así puede dormirse. Y por eso no hace esas cosas. Lo sabemos bien, aunque no lo sepamos del todo la mayor parte del tiempo:

La vida no es igual para todos.

Tomemos a Equis, llamémoslo así para preservar su identidad. El sabía que el alivio, tal como lo anhelamos, espera en diferentes lugares a las diferentes personas. A eso se reducía su conocimiento vital, últimamente. Dicho en otras palabras: a la sinuosidad plateada de la ruta en medio de la noche, al rumor creciente y decreciente del motor al poner los cambios, a la luz fosforescente de los instrumentos del tablero. Ahí parecía agazaparse el alivio para él.

A veces tenía que alejarse demasiado de la ciudad. Lo que significaba tardar más en volver. ¿Volver adónde? Al ensordecedor silencio de su departamento, a los objetos mudos pero igual de vigilantes en la oscuridad inmóvil de las tres de la mañana, las cuatro de la mañana, o más tarde aún a veces, cuando el alivio tardaba en venir, cuando ni siquiera esas travesías sin rumbo entumecían, como una lentísima anestesia, a la negra criatura sin nombre que callaba de día y despertaba puntualmente cada noche en el pozo de su corazón.

¿Vas a venir?

Así era la voz en su cabeza.

Cada noche.

Como una letanía.

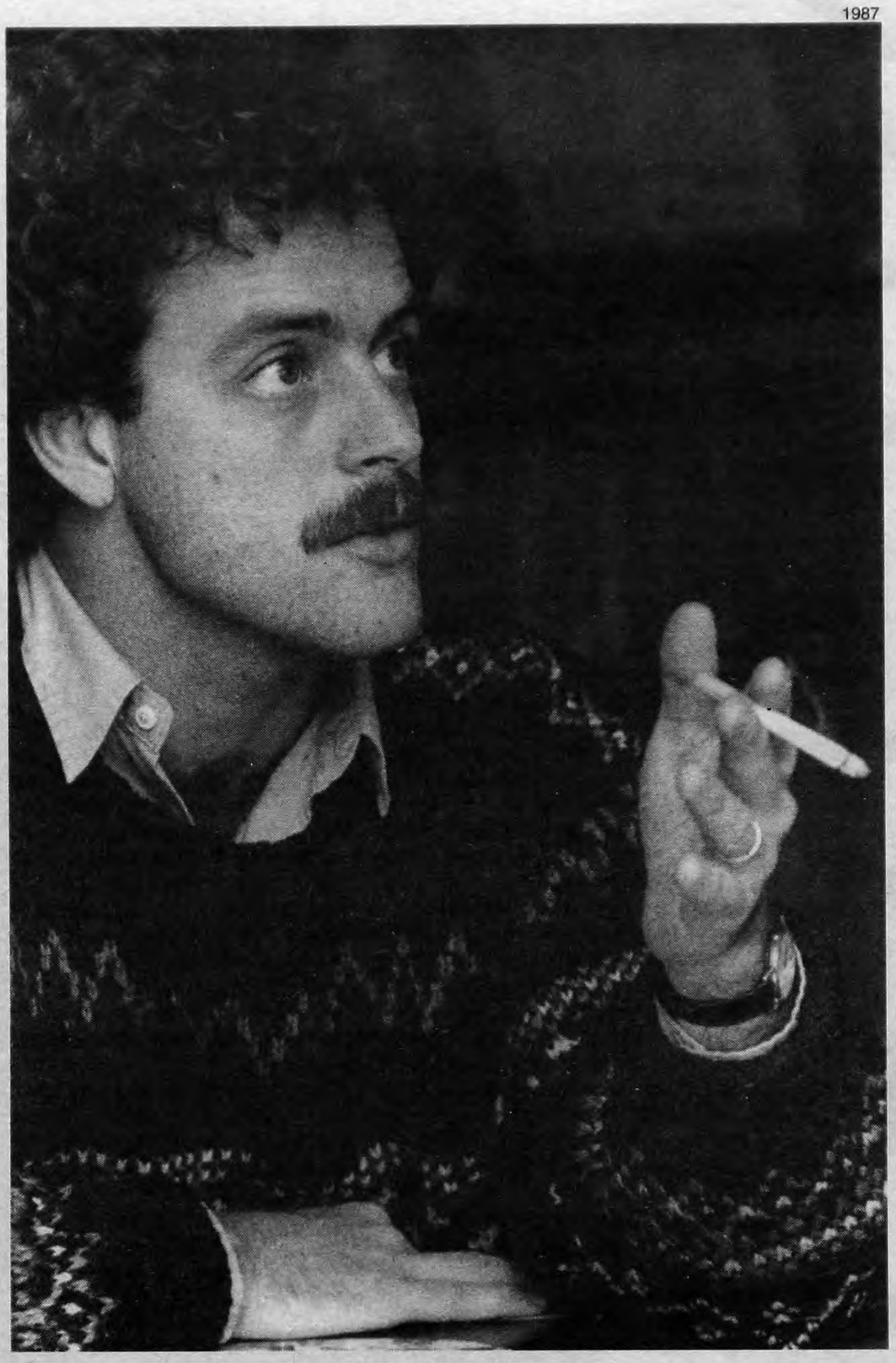
¿Vas a venir?

A lo largo de los últimos once meses de su vida, Equis había ido llegando a ese punto en que todos sus contemporáneos parecían ir en una dirección y él en otra. Ese punto en que el mundo parecía nutrirse de cierta clase de fluidos y él necesitaba (y no podía encontrar, incluso rascando con las uñas debajo de las piedras) otras sustancias nutricias. Ni con actos ni con palabras encontraba manera de contestarle a esa voz que murmuraba siempre lo mismo en su cabeza.

¿Por qué, entonces, seguía vivo, a su pesar o sin saberlo realmente, pero seguía vivo? Esta pregunta, o alguna de muchas otras, pudo hacerse él, cualquiera de esas noches. No se las hacía. Manejaba, simplemente. Salía a manejar. Hasta que llegaba el cansancio; o el amanecer. A veces era uno; a veces el otro.

Los días pasaban, mientras tanto. Las noches demoraban más en terminar, pero también quedaban atrás: así como los otros autos en la ruta eran primero un par de luces rojas a la distancia allá adelante, después un contorno metálico que crecía más y más nítido contra la oscuridad, y después un par de luces blancas achicándose hasta perderse en el espejo retrovisor. Esa noche todo era casi igual al resto de las noches. En su cara el brillo del tablero. El reflejo pálido de la luna contra el asfalto y contra la silueta enorme de los edificios por las calles a oscuras. Todo era casi igual, salvo una cosa.

1987



“La frontera que separa el amor de la desgracia es indiscernible. La frontera que separa la ciudad del campo es igual de indiscernible, en todas partes. Así había sido su vida, supo él mientras manejaba por esa ruta vacía.”

En vez de enfilar con el auto hacia la ruta, Equis se había demorado yendo y viniendo por las calles de la ciudad, durante horas. Esperando, primero con resignación y después con cierta alarma, la resonancia familiar dentro de su cabeza: la voz de todas las noches. Que se negaba empecinadamente a manifestarse, hasta entonces.

En ese estado se internó al fin por una calle que le era más que conocida, frenó delante de cierto edificio, bajó a tocar el portero eléctrico y esperó, sin mirar en ningún momento la hora, sin saberla tampoco. Esperó. Y, cuando oyó la voz femenina, dijo simplemente:

–Sí, ahora. Por favor.

El auto se puso en marcha en cuanto ella se dejó caer sobre el asiento del acompañante, todavía dormida, y perpleja, y no del todo cómoda con la situación.

Iban en dirección al este, aunque ninguno de los dos reparó en ello. Ella no preguntó adónde iban y él dejaba que la avenida llevase el auto, tal como esas cintas transportadoras de aeropuerto se hacen cargo de los viajeros agotados. Pero iban hacia el este, dirigidos como una flecha en la exacta dirección por donde saldría el sol un par de horas más tarde.

–Me asustaste –dijo ella–. Cuando sonó el portero eléctrico no supe quién podía ser y me dio miedo. Hasta que oí tu voz me dio miedo.

–Es tardísimo, ya sé –dijo él.

–Para mí es tempranísimo, en todo caso. Pero no te preocupes; a veces me despierto a esta hora, cuando tengo que adelantar trabajo. Contáme. ¿Querés contarme?

Ella tenía un respeto reverencial por la tristeza, por toda tristeza, y una intuición especial para adivinarla en las personas. Hay gente así. Desde el momento en que se habían conocido, un par de meses antes, ella sintió (primero sin saberlo del todo, después volviéndose más y más consciente de su propia actitud) que el atractivo que le despertaba él venía, en gran medida, del silencio que envolvía esa tristeza. De la dignidad que ella adjudicaba a esa clase de silencio.

Se habían visto varias veces. Tentativamente, y por iniciativa de ella, siempre. Verlo sufrir sin que dijera una palabra acerca de ese sufrimiento le permitía, a ella, creer en la dignidad de todo dolor. No sólo eso. Para ella, también dignificaba estar junto a alguien que sentía dolor, si era posible ayudarlo a sanar.

Poco importaba que él no dijese todavía una palabra acerca de aquello tan tremendo que le había pasado. Era cuestión de tiempo. Mientras tanto, para equilibrar las cosas, para no apresurarlas, ella tampoco le había hecho saber que estaba esperando, más tarde o más temprano, un mínimo resquicio de acceso, que le permitiese iniciar el proceso de sanación.

Sí: ella había terminado por considerar a ese hombre una misión. Y una misión no del todo altruista, a decir verdad: no sólo porque junto a él podía sentirse noble, útil, solidaria. También porque fantaseaba con la idea de volvérsele indispensable, en el mediano o largo plazo.

Estaba oscuro adentro del auto, e iban con la calefacción encendida al mínimo. Ella seguía un poco atontada de sueño cuando él empezó a hablar. Quizá por eso no entendió casi nada de lo que él decía. Entendía, pero no alcanzaba a sacar nada en claro.

El estaba hablando tal como manejaba: sin prestar la más mínima atención al *propósito* de ese acto. Y, por supuesto, sin explicar en ningún momento aquellos peregrinajes nocturnos sin rumbo fijo. Es decir: sin hacer la menor alusión a la voz que, hasta esa noche, se materializaba cada noche en su cabeza, repitiendo, con la misma entonación, con el mismo timbre, como una letanía, la misma pregunta, siempre: *¿Vas a venir?*

El hablaba, pero nada de lo que ella le oía decir tenía sentido. Ya sabía, o sospechaba, que él tenía problemas para dormir. Que no iba a ninguna terapia, ni quería ir. Que no trabajaba. Que tampoco era rico. Que estaba viviendo al día, del dinero que había sacado al vender su departamento. Lo sabía, porque ella había comprado ese departamento. Porque así se habían conocido.

Sabía también que él había vivido los últimos meses alquilando un estudio de un ambiente. Y que no necesitaba más que un colchón, una buena bañadera, un contestador automático y el auto. Hasta entonces, ella creía entender perfectamente que él no necesitara nada más. Entre otras razones, porque en ningún momento había tomado las palabras de él al pie de la letra.

Pero ahora, mientras el auto iba en dirección al este por las calles vacías, perforando aquella noche que estaba terminando o aquella mañana que aún no se decidía a empezar, ella empezó a sentir que sabía poco y nada de ese hombre que manejaba el auto y le hablaba, desde hacía unos minutos, de lavaderos automáticos.

Se reproduce aquí por gentileza del autor.

¡Oh, Señor deja que algo dure!
W. B. YEATS

Por Juan Forn

La luz de las estrellas muertas

Hay gente que coje hasta el embotamiento. O reza, hasta disolver su conciencia en ese puñado de palabras repetidas como una autohipnosis. Hay gente que se masturba con frenesí. O va cerrando bares, embruteciendo su pobre organismo con distintos licores. Hay gente que se somete sin ninguna defensa a la televisión hasta la más desolada trasnoche. O se asoma a contemplar en silencio cómo sueñan sus hijos, en el dormitorio a oscuras que huele a recién bañados, a dibujos de Disney, a sábanas limpias, a mañana.

Y hay gente que ni así puede dormirse. Y por eso no hace esas cosas. Lo sabemos bien, aunque no lo sepamos del todo la mayor parte del tiempo:

La vida no es igual para todos.

Tomemos a Equis, llamémoslo así para preservar su identidad. El sabía que el alivio, tal como lo anhelamos, espera en diferentes lugares a las diferentes personas. A eso se reducía su conocimiento vital, últimamente. Dicho en otras palabras: a la sinuosidad plateada de la ruta en medio de la noche, al rumor creciente y decreciente del motor al poner los cambios, a la luz fosforescente de los instrumentos del tablero. Ahí parecía agazaparse el alivio para él.

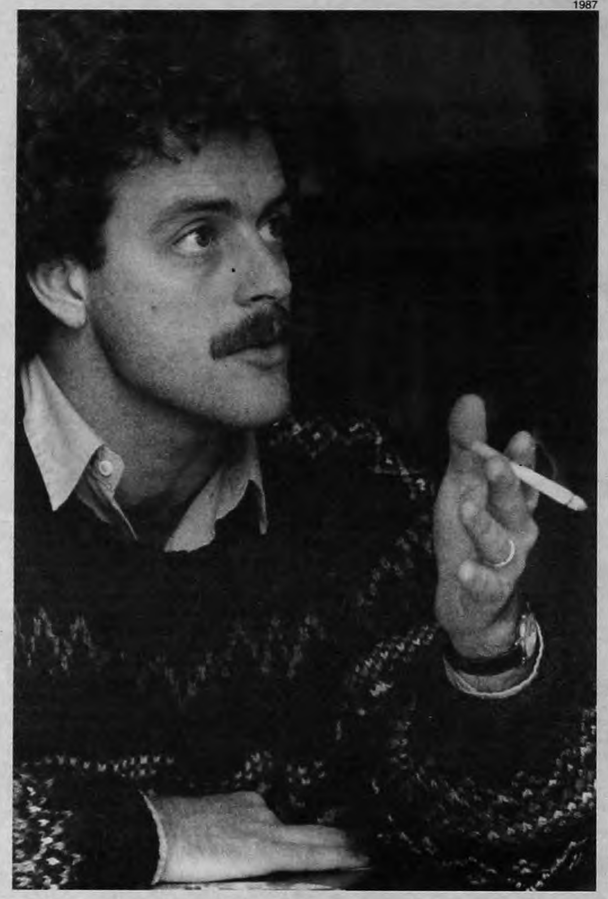
A veces tenía que alejarse demasiado de la ciudad. Lo que significaba tardar más en volver. ¿Volver adónde? Al ensordecedor silencio de su departamento, a los objetos mudos pero igual de vigilantes en la oscuridad inmóvil de las tres de la mañana, las cuatro de la mañana, o más tarde aún a veces, cuando el alivio tardaba en venir, cuando ni siquiera esas travesías sin rumbo entumecían, como una lentísima anestesia, a la negra criatura sin nombre que callaba de día y despertaba puntualmente cada noche en el pozo de su corazón.

¿Vas a venir?
Así era la voz en su cabeza.
Cada noche.
Como una letanía.
¿Vas a venir?

A lo largo de los últimos once meses de su vida, Equis había ido llegando a ese punto en que todos sus contemporáneos parecían ir en una dirección y él en otra. Ese punto en que el mundo parecía nutrirse de cierta clase de fluidos y él necesitaba (y no podía encontrar, incluso rascando con las uñas debajo de las piedras) otras sustancias nutricias. Ni con actos ni con palabras encontraba manera de contestarle a esa voz que murmuraba siempre lo mismo en su cabeza.

¿Por qué, entonces, seguía vivo, a su pesar o sin saberlo realmente, pero seguía vivo? Esta pregunta, o alguna de muchas otras, pudo hacerse él, cualquiera de esas noches. No se las hacía. Manejaba, simplemente. Salía a manejar. Hasta que llegaba el cansancio; o el amanecer. A veces era uno; a veces el otro.

Los días pasaban, mientras tanto. Las noches demoraban más en terminar, pero también quedaban atrás: así como los otros autos en la ruta eran primero un par de luces rojas a la distancia allá adelante, después un contorno metálico que crecía más y más nítido contra la oscuridad, y después un par de luces blancas achicándose hasta perderse en el espejo retrovisor. Esa noche todo era casi igual al resto de las noches. En su cara el brillo del tablero. El reflejo pálido de la luna contra el asfalto y contra la silueta enorme de los edificios por las calles a oscuras. Todo era casi igual, salvo una cosa.


1987

> **La frontera que separa el amor de la desgracia es indiscernible. La frontera que separa la ciudad del campo es igual de indiscernible, en todas partes. Así había sido su vida, supo él mientras manejaba por esa ruta vacía.**

En vez de enfilar con el auto hacia la ruta, Equis se había demorado yendo y viniendo por las calles de la ciudad, durante horas. Esperando, primero con resignación y después con cierta alarma, la resonancia familiar dentro de su cabeza: la voz de todas las noches. Que se negaba empecinadamente a manifestarse, hasta entonces.

En ese estado se internó al fin por una calle que le era más que conocida, frenó delante de cierto edificio, bajó a tocar el portero eléctrico y esperó, sin mirar en ningún momento la hora, sin saberla tampoco. Esperó. Y, cuando oyó la voz femenina, dijo simplemente:

–Sí, ahora. Por favor.

El auto se puso en marcha en cuanto ella se dejó caer sobre el asiento del acompañante, todavía dormida, y perpleja, y no del todo cómoda con la situación.

Iban en dirección al este, aunque ninguno de los dos reparó en ello. Ella no preguntó adónde iban y él dejaba que la avenida llevase el auto, tal como esas cintas transportadoras de aeropuerto se hacen cargo de los viajeros agotados. Pero iban hacia el este, dirigidos como una flecha en la exacta dirección por donde saldría el sol un par de horas más tarde.

–Me asustaste –dijo ella–. Cuando sonó el portero eléctrico no supe quién podía ser y me dio miedo. Hasta que oí tu voz me dio miedo.

–Es tardísimo, ya sé –dijo él.

–Para mí es tempranísimo, en todo caso. Pero no te preocupes; a veces me despierto a esta hora, cuando tengo que adelantar trabajo. Contáme. ¿Querés contarme?

Ella tenía un respeto reverencial por la tristeza, por toda tristeza, y una intuición especial para adivinarla en las personas. Hay gente así. Desde el momento en que se habían conocido, un par de meses antes, ella sintió (primero sin saberlo del todo, después volviéndose más y más consciente de su propia actitud) que el atractivo que le despertaba él venía, en gran medida, del silencio que envolvía esa tristeza. De la dignidad que ella adjudicaba a esa clase de silencio.

Se habían visto varias veces. Tentativamente, y por iniciativa de ella, siempre. Verlo sufrir sin que dijera una palabra acerca de ese sufrimiento le permitía, a ella, creer en la dignidad de todo dolor. No sólo eso. Para ella, también dignificaba estar junto a alguien que sentía dolor, si era posible ayudarlo a sanar.

Poco importaba que él no dijese todavía una palabra acerca de aquello tan tremendo que le había pasado. Era cuestión de tiempo. Mientras tanto, para equilibrar las cosas, para no apresurarlas, ella tampoco le había hecho saber que estaba esperando, más tarde o más temprano, un mínimo resquicio de acceso, que le permitiese iniciar el proceso de sanación.

Sí: ella había terminado por considerar a ese hombre una misión. Y una misión no del todo altruista, a decir verdad: no sólo porque junto a él podía sentirse noble, útil, solidaria. También porque fantaseaba con la idea de volvérsele indispensable, en el mediano o largo plazo.

Estaba oscuro adentro del auto, e iban con la calefacción encendida al mínimo. Ella seguía un poco atontada de sueño cuando él empezó a hablar. Quizá por eso no entendió casi nada de lo que él decía. Entendía, pero no alcanzaba a sacar nada en claro.

El estaba hablando tal como manejaba: sin prestar la más mínima atención al *propósito* de ese acto. Y, por supuesto, sin explicar en ningún momento aquellos peregrinajes nocturnos sin rumbo fijo. Es decir: sin hacer la menor alusión a la voz que, hasta esa noche, se materializaba cada noche en su cabeza, repitiendo, con la misma entonación, con el mismo timbre, como una letanía, la misma pregunta, siempre: *¿Vas a venir?*

El hablaba, pero nada de lo que ella le oía decir tenía sentido. Ya sabía, o sospechaba, que él tenía problemas para dormir. Que no iba a ninguna terapia, ni quería ir. Que no trabajaba. Que tampoco era rico. Que estaba viviendo al día, del dinero que había sacado al vender su departamento. Lo sabía, porque ella había comprado ese departamento. Porque así se habían conocido.

Sabía también que él había vivido los últimos meses alquilando un estudio de un ambiente. Y que no necesitaba más que un colchón, una buena bañadera, un contestador automático y el auto. Hasta entonces, ella creía entender perfectamente que él no necesitara nada más. Entre otras razones, porque en ningún momento había tomado las palabras de él al pie de la letra.

Pero ahora, mientras el auto iba en dirección al este por las calles vacías, perforando aquella noche que estaba terminando o aquella mañana que aún no se decidía a empezar, ella empezó a sentir que sabía poco y nada de ese hombre que manejaba el auto y le hablaba, desde hacía unos minutos, de lavaderos automáticos.

Sí, de lavaderos automáticos. Del aspecto de peceras que tenían de noche, cuando eran los únicos negocios abiertos e iluminados, y uno podía adivinar desde la calle ese olor entre verdoso y amarillo empañando las paredes de vidrio: a humedad, a suavizante de ropa, a jabón en polvo, pero también a otra cosa.

Después de un par de kilómetros de silencio él dijo que, pensándolo bien, los lavaderos automáticos eran una más de esas rarezas anónimas y perturbadoras, como por ejemplo el lagrimeo en los ojos de un desconocido cuando hace mucho frío. Y, sin solución de continuidad, se puso a hablar entonces de los despojos que iba dejando el cuerpo en cada lugar donde se posaba: minúsculas costras de sangre o de pellejo reseco, pelo, polvo, calor, humedad, estática.

Habló del pozo que quedaba en la cama al levantarse; del sonido de la propia voz en el contestador automático; del aspecto de esos cepillos de dientes muy usados, cuando las cerdas están completamente combadas hacia afuera.

Entonces pareció reparar en ella, y le preguntó abruptamente:

–¿Vos creés que los marinos de antes sabían, al mirar el cielo de noche, que muchos de esos puntos de luz que los guiaban a través de la negrura del mar ya se habían extinguido para siempre? ¿Sabían que eran simplemente estrellas muertas desde antes que ellos mismos hubieran nacido? ¿Aunque ellos siguieran viéndolas? ¿Aunque siguieran confiando en ellas para guiarse en la noche de altamar?

Todo eso dijo, mirándola a ella por única vez y volviendo enseguida a fijar los ojos en los dos triángulos de asfalto que iluminaban los faros del auto.

Quizá por ese motivo –porque la única luz era la de los faros del auto ahí adelante–, él se crispó tanto cuando sintió la mano de ella apoyarse desprevenidamente en su brazo. No reparó en las palabras tranquilizadoras que habían acompañado el gesto de ella. Fue un acto reflejo. Pero ella retiró la mano enseguida y no dijo nada más.

El dolor es como una pieza de cerámica candente, recién sacada del horno. No se pone nunca al rojo vivo. Hasta que no lo tocamos, y nos quema, no sabemos que ese objeto tan tersamente inofensivo puede hacernos daño.

Algo así le pasó a ella. Ahora, que los últimos residuos de sueño la habían abandonado y afuera había una sepulcral penumbra gris; ahora, que el auto avanzaba en línea recta por una avenida que le resultó desconocida, vio en el perfil de ese hombre el exacto reverso de aquello que había visto en él hasta entonces: no la posibilidad de sanar un dolor sino el riesgo de quemarse con esa sustancia engañosamente inofensiva.

–Me quiero bajar –dijo entonces.

El la miró, no sorprendido pero sí dejando una frase a medio terminar.

–Que pares el auto. Me quiero bajar –repitió ella.

La avenida era un boulevard de doble mano. Un terraplén de cemento separaba los carriles que iban hacia la ciudad de los que conducían a las afueras.

–Perdoname –dijo ella. Iba a agregar algo más pero no supo qué, y se bajó del auto en cuanto él frenó.

El la vio cruzar la avenida y detenerse del otro lado, como si no supiese bien qué hacer. Y esperó, él también, adentro del auto. Sin bajar la ventanilla. Sin decirle una palabra. Sin volver a mirarla. Cuando ella hizo señas al primer taxi que pasaba, y se subió, y el taxi arrancó rumbo al centro, él también arrancó su auto, pero en dirección contraria a la ciudad y a ella.

Seguía avanzando en dirección al este. Seguía avanzando, sin saberlo, hacia el fin de la noche. A los pocos kilómetros la avenida se convirtió en ruta. Ya no hubo más que tierra a los costados del asfalto. Las últimas penumbras de la noche se desvanecieron del cielo y sólo quedó ese color sin nombre que preanuncia el amanecer.

¿Vas a venir?
Como una letanía.
Cada noche.
Y, de repente, nada.

En algún momento de esos once meses él había empezado a olvidar sin notarlo el timbre que había tenido aquella voz. Después se le fue desvaneciendo la entonación. ¿Durante cuánto tiempo más resistirían aquellas tres palabras, ya vacías de sonoridad, perdiendo fuerza día tras día, como un lenguaje en extinción, hasta irse del todo de su memoria?

¿A eso se reducía el alivio; simplemente a eso? ¿A ir perdiendo poco a poco, hasta quedarse sin nada, aquello que algún momento había sido importante, decisivo incluso, para su vida, para la vida tal como la concebía en aquel entonces?

Once meses.

Desde que habían hablado por última vez.

En un restaurant.

La noche del 29 de diciembre.

Once meses antes.

Ciertas cosas no deberían terminar. Es inconcebible que ciertas cosas terminen. Y, si deben hacerlo, algo debería quedar de ellas, aun cuando se hayan extinguido.

> **El dolor es como una pieza de cerámica candente, recién sacada del horno. No se pone nunca al rojo vivo. Hasta que no lo tocamos, y nos quema, no sabemos que ese objeto tan tersamente inofensivo puede hacernos daño.**

Y eso que queda no puede, no debe, de ninguna manera, *cesar*, de un momento a otro. Y dejarnos abandonados.

Once meses antes, ella (no la pobre chica que acababa de bajarse del auto, sino *ella*) había llegado cargada de paquetes y lo primero que dijo al sentarse fue:

–Dios mío, qué calor. ¿Está terminando el año o le están prendiendo fuego para que se acabe de una vez? No me preguntes de dónde vengo, por favor.

El no le había preguntado nada. Siguió fumando con los ojos clavados en el menú, hasta que no pudo contenerse más y murmuró:

–La manía de siempre, ¿no? Cambiar los regalos que te hicieron en Navidad.

–¿Vos decís por estos paquetes? –dijo ella–. No son regalos que no me gustaron. Son compras de último momento.

–De último momento.

–Te pedí que no preguntaras, ¿no? Ella sobrellevaba mucho mejor que él la separación. Como la edad; como lo que podían esperar del futuro. Más que su ex, parecía su hermana menor: la que había cuidado de él hasta abandonar el hogar conjunto en pos de su independencia. Ella pidió la comida por los dos, sin mirar siquiera el menú. Ella seguía sabiendo sus gustos mejor que él mismo. Ella quería saber, ahora, con quién había pasado él la Nochebuena.

El dijo que prefería no hablar de eso, básicamente porque no quería enterarse con quién la había pasado ella.

–Tonto. Estuve en casa de mamá. Me quedé a dormir ahí –dijo ella, leyéndole la mente, como siempre. Y le acarició apenas la mano–. ¿Me creés si te digo que la vida no termina; que ya se te va a pasar; que es una cuestión de tiempo, nada más?

Y, ante la mueca de él, agregó:

–¿No te conozco más que nadie, acaso?

El sonrió a su pesar. Ella entonces dijo:

–Brindemos.

Alzaron las copas. El esperó que ella brindara por algo que no fuese doloroso. Esperó contra toda esperanza oír aquello que quería oír más que nada en el mundo. Pero ella dijo:

–Por mañana a la mañana –e hizo tintinear su copa contra la de él, sin decir nada más.

Comieron en silencio. Fue ella la que pidió la cuenta y la que pagó; no dejó siquiera margen para la discusión. Pero mientras guardaba la tarjeta de crédito en su billetera dijo, con inesperado rencor:

–A veces podés ser tan... ¿No te interesa saber qué quería decir ese brindis absurdo? ¿No te interesa saber de dónde venía cuando llegué?

El dijo que simplemente había obedecido lo que le pidió ella al llegar. Y que en ese brindis no veía otra cosa que un difuso afán por levantarle el ánimo.

Ella sonrió tristemente.

–No tenés cura –dijo–. Te adoro igual –dijo después.

–Por favor no –la interrumpió él. Enseguida se sintió miserable, egoísta. Entonces agregó: –¿Pasa algo?

Ella había sacado de uno de los paquetes un camisón de seda flamante y lo tenía alzado de los breteles. El sintió entonces un brutal ataque de ceguera: la noche infame de su interior le subió hasta los ojos y creyó que sus pulmones no tenían aire sino arena hirviendo.

No cambió nada que ella dijera:

–Estuve toda la tarde sin decidirme. Cuando por fin fui a comprarlo casi no me atienden. Por eso se me hizo tarde.

Tampoco sirvió de nada que, después de esas palabras, ella se dejara caer contra el respaldo de la silla, con los ojos cerrados. Cuando vio que los abría nuevamente él supo que no quería oír lo que vendría a continuación.

Once meses después seguía sin querer oírlo.

–Es benigno, aparentemente –había dicho ella esa noche–. Pero igual me operan. Mañana a las once. Qué ridículo, ¿no? Operarse un 30 de diciembre.

Y había dicho algo más.

Sin mirarlo.

Con simpleza y pavor y una enorme suavidad, acariciando la seda del camisón ella había dicho, sin mirarlo:

–¿Vas a venir? ¿Vas a estar ahí cuando me despierte de la anestesia?

La frontera que separa el amor de la desgracia es indiscernible. La frontera que separa la ciudad del campo es igual de indiscernible, en todas partes. Así había sido su vida, supo él mientras manejaba por esa ruta vacía. Incluso si hubiese estado atento no habría podido decir a ciencia cierta cuándo dejó la ciudad, en qué momento había terminado la noche. Así había sido, y así era, su vida.

Saberlo no le produjo ninguna revelación. Nada le importaba menos, ni antes de saberlo ni ahora. Hasta que, después de una curva cerrada, se topó con el sol de frente, esférico y naranja hasta la obscenidad, contra el horizonte incierto de la pampa.

Y, de pronto, su mente dejó de monologar. No sólo lo había abandonado aquella embriagadora y lacerante voz en su cabeza, con su persistente letanía. Ahora había cesado toda actividad, en el lenguaje que fuere, abruptamente. Adentro y afuera eran una misma cosa, un mismo paisaje, desembocando en ese enorme círculo mudo, hipnótico, irresistible en su cromática contundencia de dibujo animado.

Parpadeó para no encandilarse y, aunque la ruta daba otra curva, ignoró el asfalto y mantuvo firme el volante hasta salirse del camino. Cuando las cuatro ruedas tocaron tierra nuevamente aceleró a fondo a campo traviesa, apuntado como una flecha al centro de esa esfera naranja, como quien se arroja desde la terraza de un edificio a una minúscula pileta de natación, veinte pisos más abajo. Y supo que no iba a levantar el pie del acelerador hasta perforar el sol con la trompa de su auto.

O, mucho más probablemente, hasta quedarse sin una gota de nafta en el medio de la nada. Porque, después de lo que había descubierto a lo largo de aquella noche tan larga de su corazón, ¿qué propósito podía durar tanto? ¿Y cuánto tiempo se podía *creer* en él, sin empezar a sospechar que era como alguna de esas estrellas ya extinguidas, cuya luz seguía llegando mortecina a nosotros, hasta que de golpe, inadvertidamente, se extinguía?

Mírenlo alejarse por el medio del campo, a los tumbos, levantando una nube de polvo a su paso. Mírenlo entregarse alegremente y por completo a ese súbito vértigo horizontal. Antes de perderlo de vista, mírenlo sonreír adentro de su auto, como no ha sonreído en mucho tiempo: con el abrupto impudor que tenemos a veces, raras veces, cuando estamos a solas y conseguimos olvidarnos de nosotros mismos. ■

Se reproduce aquí por gentileza del autor.

Por Juan Forn

de las estrellas muertas

Sí, de lavaderos automáticos. Del aspecto de peceras que tenían de noche, cuando eran los únicos negocios abiertos e iluminados, y uno podía adivinar desde la calle ese olor entre verdoso y amarillo empañando las paredes de vidrio: a humedad, a suavizante de ropa, a jabón en polvo, pero también a otra cosa.

Después de un par de kilómetros de silencio él dijo que, pensándolo bien, los lavaderos automáticos eran una más de esas rarezas anónimas y perturbadoras, como por ejemplo el lagrimeo en los ojos de un desconocido cuando hace mucho frío. Y, sin solución de continuidad, se puso a hablar entonces de los despojos que iba dejando el cuerpo en cada lugar donde se posaba: minúsculas costras de sangre o de pellejo reseco, pelo, polvo, calor, humedad, estática.

Habló del pozo que quedaba en la cama al levantarse; del sonido de la propia voz en el contestador automático; del aspecto de esos cepillos de dientes muy usados, cuando las cerdas están completamente combadas hacia afuera.

Entonces pareció reparar en ella, y le preguntó abruptamente:

–¿Vos creés que los marinos de antes sabían, al mirar el cielo de noche, que muchos de esos puntos de luz que los guiaban a través de la negrura del mar ya se habían extinguido para siempre? ¿Sabían que eran simplemente estrellas muertas desde antes que ellos mismos hubieran nacido? ¿Aunque ellos siguieran viéndolas? ¿Aunque siguieran confiando en ellas para guiarse en la noche de altamar?

Todo eso dijo, mirándola a ella por única vez y volviendo enseguida a fijar los ojos en los dos triángulos de asfalto que iluminaban los faros del auto.

Quizá por ese motivo –porque la única luz era la de los faros del auto ahí adelante–, él se crispó tanto cuando sintió la mano de ella apoyarse desprevenidamente en su brazo. No reparó en las palabras tranquilizadoras que habían acompañado el gesto de ella. Fue un acto reflejo. Pero ella retiró la mano enseguida y no dijo nada más.

El dolor es como una pieza de cerámica candente, recién sacada del horno. No se pone nunca al rojo vivo. Hasta que no lo tocamos, y nos quema, no sabemos que ese objeto tan tersamente inofensivo puede hacernos daño.

Algo así le pasó a ella. Ahora, que los últimos residuos de sueño la habían abandonado y afuera había una sepulcral penumbra gris; ahora, que el auto avanzaba en línea recta por una avenida que le resultó desconocida, vio en el perfil de ese hombre el exacto reverso de aquello que había visto en él hasta entonces: no la posibilidad de sanar un dolor sino el riesgo de quemarse con esa sustancia engañosamente inofensiva.

–Me quiero bajar –dijo entonces.

El la miró, no sorprendido pero sí dejando una frase a medio terminar.

–Que pares el auto. Me quiero bajar –repitió ella.

La avenida era un boulevard de doble mano. Un terraplén de cemento separaba los carriles que iban hacia la ciudad de los que conducían a las afueras.

–Perdonáme –dijo ella. Iba a agregar algo más pero no supo qué, y se bajó del auto en cuanto él frenó.

El la vio cruzar la avenida y detenerse del otro lado, como si no supiese bien qué hacer. Y esperó, él también, adentro del auto. Sin bajar la ventanilla. Sin decirle una palabra. Sin volver a mirarla. Cuando ella hizo señas al primer taxi que pasaba, y se subió, y el taxi arrancó rumbo al centro, él también arrancó su auto, pero en dirección contraria a la ciudad y a ella.

Seguía avanzando en dirección al este. Seguía avanzando, sin saberlo, hacia el fin de la noche. A los pocos kilómetros la avenida se convirtió en ruta. Ya no hubo más que tierra a los costados del asfalto. Las últimas penumbras de la noche se desvanecieron del cielo y sólo quedó ese color sin nombre que preanuncia el amanecer.

¿Vas a venir?

Como una letanía.

Cada noche.

Y, de repente, nada.

En algún momento de esos once meses él había empezado a olvidar sin notarlo el timbre que había tenido aquella voz. Después se le fue desvaneciendo la entonación. ¿Durante cuánto tiempo más resistirían aquellas tres palabras, ya vacías de sonoridad, perdiendo fuerza día tras día, como un lenguaje en extinción, hasta irse del todo de su memoria?

¿A eso se reducía el alivio; simplemente a eso? ¿A ir perdiendo poco a poco, hasta quedarse sin nada, aquello que algún momento había sido importante, decisivo incluso, para su vida, para la vida tal como la concebía en aquel entonces?

Once meses.

Desde que habían hablado por última vez.

En un restaurant.

La noche del 29 de diciembre.

Once meses antes.

Ciertas cosas no deberían terminar. Es inconcebible que ciertas cosas terminen. Y, si deben hacerlo, algo debería quedar de ellas, aun cuando se hayan extinguido. Y eso que queda no puede, no debe, de ninguna manera, *cesar*, de un momento a otro. Y dejarnos abandonados.

Once meses antes, ella (no la pobre chica que acababa de bajarse del auto, sino *ella*) había llegado cargada de paquetes y lo primero que dijo al sentarse fue:

–Dios mío, qué calor. ¿Está terminando el año o le están prendiendo fuego para que se acabe de una vez? No me preguntes de dónde vengo, por favor.

El no le había preguntado nada. Siguió fumando con los ojos clavados en el menú, hasta que no pudo contenerse más y murmuró:

–La manía de siempre, ¿no? Cambiar los regalos que te hicieron en Navidad.

–¿Vos decís por estos paquetes? –dijo ella–. No son regalos que no me gustaron. Son compras de último momento.

–De último momento.

–Te pedí que no preguntaras, ¿no? Ella sobrellevaba mucho mejor que él la separación. Como la edad; como lo que podían esperar del futuro. Más que su ex, parecía su hermana menor: la que había cuidado de él hasta abandonar el hogar conjunto en pos de su independencia. Ella pidió la comida por los dos, sin mirar siquiera el menú. Ella seguía sabiendo sus gustos mejor que él mismo. Ella quería saber, ahora, con quién había pasado él la Nochebuena.

El dijo que prefería no hablar de eso, básicamente porque no quería enterarse con quién la había pasado ella.

–Tonto. Estuve en casa de mamá. Me quedé a dormir ahí –dijo ella, leyéndole la mente, como siempre. Y le acarició apenas la mano–. ¿Me creés si te digo que la vida no termina; que ya se te va a pasar; que es una cuestión de tiempo, nada más?

Y, ante la mueca de él, agregó:

–¿No te conozco más que nadie, acaso?

El sonrió a su pesar. Ella entonces dijo:

–Brindemos.

Alzaron las copas. El esperó que ella brindara por algo que no fuese doloroso. Esperó contra toda esperanza oír aquello que quería oír más que nada en el mundo. Pero ella dijo:

–Por mañana a la mañana –e hizo tintinear su copa contra la de él, sin decir nada más.

Comieron en silencio. Fue ella la que pidió la cuenta y la que pagó; no dejó siquiera margen para la discusión. Pero mientras guardaba la tarjeta de crédito en su billetera dijo, con inesperado rencor:

–A veces podés ser tan... ¿No te interesa saber qué quería decir ese brindis absurdo? ¿No te interesa saber de dónde venía cuando llegué?

El dijo que simplemente había obedecido lo que le pidió ella al llegar. Y que en ese brindis no veía otra cosa que un difuso afán por levantarle el ánimo.

Ella sonrió tristemente.

–No tenés cura –dijo–. Te adoro igual –dijo después.

–Por favor no –la interrumpió él. Enseguida se sintió miserable, egoísta. Entonces agregó: –¿Pasa algo?

Ella había sacado de uno de los paquetes un camisón de seda flamante y lo tenía alzado de los breteles. El sintió entonces un brutal ataque de ceguera: la noche infame de su interior le subió hasta los ojos y creyó que sus pulmones no tenían aire sino arena hirviendo.

No cambió nada que ella dijera:

–Estuve toda la tarde sin decidirme. Cuando por fin fui a comprarlo casi no me atienden. Por eso se me hizo tarde.

Tampoco sirvió de nada que, después de esas palabras, ella se dejara caer contra el respaldo de la silla, con los ojos cerrados. Cuando vio que los abría nuevamente él supo que no quería oír lo que vendría a continuación.

Once meses después seguía sin querer oírlo.

–Es benigno, aparentemente –había dicho ella esa noche–. Pero igual me operan. Mañana a las once. Qué ridículo, ¿no? Operarse un 30 de diciembre.

Y había dicho algo más.

Sin mirarlo.

Con simpleza y pavor y una enorme suavidad, acariciando la seda del camisón ella había dicho, sin mirarlo:

–¿Vas a venir? ¿Vas a estar ahí cuando me despierte de la anestesia?

La frontera que separa el amor de la desgracia es indiscernible. La frontera que separa la ciudad del campo es igual de indiscernible, en todas partes. Así había sido su vida, supo él mientras manejaba por esa ruta vacía. Incluso si hubiese estado atento no habría podido decir a ciencia cierta cuándo dejó la ciudad, en qué momento había terminado la noche. Así había sido, y así era, su vida.

Saberlo no le produjo ninguna revelación. Nada le importaba menos, ni antes de saberlo ni ahora. Hasta que, después de una curva cerrada, se topó con el sol de frente, esférico y naranja hasta la obscenidad, contra el horizonte incierto de la pampa.

Y, de pronto, su mente dejó de monologar. No sólo lo había abandonado aquella embriagadora y lacerante voz en su cabeza, con su persistente letanía. Ahora había cesado toda actividad, en el lenguaje que fuere, abruptamente. Adentro y afuera eran una misma cosa, un mismo paisaje, desembocando en ese enorme círculo mudo, hipnótico, irresistible en su cromática contundencia de dibujo animado.

Parpadeó para no encandilarse y, aunque la ruta daba otra curva, ignoró el asfalto y mantuvo firme el volante hasta salirse del camino. Cuando las cuatro ruedas tocaron tierra nuevamente aceleró a fondo a campo traviesa, apuntado como una flecha al centro de esa esfera naranja, como quien se arroja desde la terraza de un edificio a una minúscula pileta de natación, veinte pisos más abajo. Y supo que no iba a levantar el pie del acelerador hasta perforar el sol con la trompa de su auto.

O, mucho más probablemente, hasta quedarse sin una gota de nafta en el medio de la nada. Porque, después de lo que había descubierto a lo largo de aquella noche tan larga de su corazón, ¿qué propósito podía durar tanto? ¿Y cuánto tiempo se podía *creer* en él, sin empezar a sospechar que era como alguna de esas estrellas ya extinguidas, cuya luz seguía llegando mortecina a nosotros, hasta que de golpe, inadvertidamente, se extinguía?

Mírenlo alejarse por el medio del campo, a los tumbos, levantando una nube de polvo a su paso. Mírenlo entregarse alegremente y por completo a ese súbito vértigo horizontal. Antes de perderlo de vista, mírenlo sonreír adentro de su auto, como no ha sonreído en mucho tiempo: con el abrupto impudor que tenemos a veces, raras veces, cuando estamos a solas y conseguimos olvidarnos de nosotros mismos.

“El dolor es como una pieza de cerámica candente, recién sacada del horno. No se pone nunca al rojo vivo. Hasta que no lo tocamos, y nos quema, no sabemos que ese objeto tan tersamente inofensivo puede hacernos daño.”

La Rambla

GUÍA DE MAR DEL PLATA

MUSEOS Y VISITAS DE INTERES

FARO PUNTA MOGOTES
Paseo Costanero Sur Illia 5800
Punta Mogotes
Tel: 67-0137
Omnibus: 511-717-581-221
Diariamente: de 9 a 13 y de 17 a 20 hs.
Entrada: $ 1

EXPOSICION DE CARACOLES FUNDACION "BENJAMIN SISTERNA"
San Luis 1771 Tel. 91-5141
Horario: a partir de las 17
Entrada: libre y gratuita

MUSEO DE VEHICULOS HISTORICOS Y AUTOMOVILES DE COLECCION
Av. Edison 2757
Omnibus: 526
Sábados tarde
Entrada libre y gratuita

ORATORIO INMACULADA CONCEPCION
Jujuy 77 Tel. 73-0110
Omnibus: 543-221

MIRADOR "TORRE TANQUE"
Falucho 993 Tel. 51-1486
Horario de lunes a viernes 10, 11, 12 y 13.
Entrada libre y gratuita. Visitas guiadas.

MUSEO VITO DUMAS "CAFE MAKAO"
Boulevard Marítimo Peralta Ramos y C. Pellegrini
Omnibus: 221-581
Diariamente tarde y noche

MUSEO REGIONALISTA JUAN B. AMBROSETTI
San Juan 2543 Tel. 72-3955
Omnibus: 571

MUSEO GUILLERMO VILAS
Olavarría 2134 Tel. 51-1903
Diariamente 14 a 22 hs.

CENTRO DE ARTESANIAS AMERICANAS
Selva Negra 549, Santa Clara del Mar Tel. 60-2311
Omnibus: 221
Lunes a jueves de 15 a 20 hs.

MUSEO MUNICIPAL DE ARTE "JUAN CARLOS CASTAGNINO"
martes de tarde

MUSEO MUNICIPAL "JOSE HERNANDEZ"
martes de mañana

EXPOSICION DE CARACOLES "FUNDACION BENJAMIN SISTERNA"
jueves de tarde

CENTRO CULTURAL J. M. DE PUEYRREDON
jueves de mañana

ORATORIO DE LA INMACULADA CONCEPCION
jueves de mañana

MUSEO ARCHIVO HISTORICO MUNICIPAL "ROBERTO T. BARILI"
miércoles de tarde

PASEO DE LA CASITA DE NAVIDAD
lunes, miércoles y viernes de noche

MUSEO MUNICIPAL DE CIENCIAS NATURALES "LORENZO SCAGLIA"
viernes de mañana (a partir de febrero)

FARO PUNTA MOGOTES
martes de mañana

EXPLORATORIO CENTRO CIENTIFICO TECNOLOGICO INTERACTIVO
Club Atlético Mar del Plata
Rivadavia 3358
Diariamente de 18 a 24 hs.
Artistas marplatenses
Exposición y ventas de obras de arte de artistas marplatenses
Galería Municipal de Arte - Espacio Joven
Falucho 933 (anexo a Torre Tanque)
Miércoles a lunes de 17 a 20

PASEO EXPLANADA
Un paseo por 44 propuestas de diseño, arquitectura y decoración.
Servicio de cafetería y restaurante.
Internet gratis en Cybercafé del Patio.
Stands: exposiciones de arte
Garay 21 Tel. 86-3473
Diariamente de 17 a 2
Entrada: $ 3. Menores de 12 años gratis.

LOS DEPORTES

El 24 de enero se llevará a cabo la Copa Desafío y los días 26 y 31 de enero y 4 de febrero tendrá lugar la Copa Ciudad de Mar del Plata. Del 22 al 25 habrá Beach Volley en Playa Bristol, la VII Edición del Torneo de Verano Mar del Plata 98, del 13 al 15 de febrero en el Patinódromo Municipal, y el Juego de las Estrellas de Básquetbol, los días 23 y 24 de enero.

PASEOS PARA GENTE INQUIETA

ESTABLECIMIENTO APICOLA
Lunes, miércoles y viernes de tarde
La visita incluye un recorrido por las instalaciones donde se observará la cosecha y extracción de miel y la forma en que se desenvuelven las abejas dentro de una colmena de cristal. El paseo está a cargo de un guía que desarrolla explicaciones sobre distintos aspectos de la vida de las abejas.

MUSEO ARCHIVO HISTORICO MUNICIPAL "ROBERTO T. BARILI"
Miércoles de tarde
Ubicado en una residencia de estilo español que fue propiedad de la familia del ing. Emilio Mitre, el museo alberga piezas únicas, colecciones de fotografías antiguas, archivos de diarios, curiosidades y un animado relato a cargo de los guías que, en conjunto, dan la posibilidad al visitante de conocer aspectos diversos de la historia de la ciudad.

CENTRO CULTURAL VICTORIA OCAMPO "VILLA VICTORIA"
Lunes de mañana
Residencia traída de Inglaterra a pedido de Francisca Ocampo, tía de la escritora Victoria Ocampo, representativa de la "Belle Epoque"; de estilo pintoresquista fue ubicada en un parque de dos manzanas en el Barrio Divino Rostro. Actualmente es propiedad municipal y funciona como centro cultural.
Los visitantes podrán visitar la villa e informarse sobre la vida de Victoria Ocampo y su obra literaria.

PASEO DE LA CASITA DE NAVIDAD
Lunes, miércoles y viernes de noche
Es una visita educativa y recreativa para chicos y grandes, donde se puede observar a una familia de artistas marplatenses trabajando en su taller. Escenografía y vegetación convergen en distintos sectores dedicados a la ecología y la fantasía del dibujo de todas las épocas.

MUSEO MUNICIPAL DE CIENCIAS NATURALES "LORENZO SCAGLIA"
Viernes de mañana
El paseo incluye la visita guiada a la sala general de ciencias, donde se encuentran diversas colecciones formadas por restos, objetos y especímenes biológicos, geológicos, botánicos y paleontológicos. El acuario experimental, exponente de rica fauna ictícola marina y de agua dulce de la zona, es otro de los puntos de interés dentro del museo.

PARQUE MUNICIPAL DE LOS DEPORTES "TEODORO BRONZINI"
Martes y jueves de mañana
La visita guiada incluye un recorrido por los distintos escenarios donde se desarrollaron los XII Juegos Deportivos Panamericanos.

GRANJA LA PILARICA
Lunes a sábados de mañana
Los visitantes pueden disfrutar de un paisaje natural y conocer distintas actividades de granja como el amasado de pan, ordeñe de vacas y alimentación de animales. Durante el recorrido pueden observarse las huertas, animales típicos de granja y otras actividades características de la vida de una granja.

CULTIVOS HIDROPONICOS
Sábados de tarde
Durante el recorrido, los visitantes podrán observar los diferentes tipos de cultivos desde el semillero, plantín y planta adulta con frutos. Los amantes de la jardinería apreciarán diferentes plantas de interior como Ficus, Potus, Cisus, Coleus (cretonas), etc. También se exponen cultivos de hortalizas en caños de PVC por donde circula la solución nutritiva.

CULTIVOS DE FRUTAS FINAS
Martes a domingo de tarde
Durante la visita se puede apreciar el cultivo de frutas finas patagónicas, la elaboración artesanal de mermeladas, además de obtener una cuidadosa información sobre métodos para la fertilización y desinfección orgánica de la tierra y las plantas.

RUTA 2 COVISUR

EL PLACER DE VIAJAR SEGURO.